El

Vencedor de

sí mismo.

A Miguel Muñoz, actor excelente y
lentísima persona, en testimonio de su
ra amistad y admiración.

José López Pinillos

Nota. Cuanto digo en la dedicatoria es
d. ¡Como casi todas las escribimos tan
mbantes por cumplir!....

EL VENCEDOR DE SÍ MISMO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles*, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL VENCEDOR DE SÍ MISMO

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ LÓPEZ PINILLOS

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL el día 1.º de Abril de 1900

MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 11 duplicado

Teléfono número 551

1900

Al Sr. D. Francisco F. Villegas *(ZEDA)*

Estrenar este drama, era para mí cuestión de vida ó muerte... Lo conseguí, gracias al notable actor Paco Fuentes, y á él lo hubiera dedicado, para demostrarle de algún modo mi agradecimiento y mi cariño, si yo fuese olvidadizo...

Pero, afortunadamente, no lo soy: tengo una memoria excelente... y recordaré mientras viva, que en mis días de hambre, cuando, sin fuerzas ya para luchar, recorría Madrid buscando un hombre que me ayudase, y desesperaba de encontrarle, hallé á Villegas... El fué el primero que me tendió la mano... en él encontré un amigo, un maestro, un protector... y sería yo muy ingrato si no escribiese su nombre en la primera página de mi obra, del mismo modo que lo grabé en mi corazón el día que le conocí

El Autor

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA	Sra. Echevarría.
EMILIA	Srta. Santoncha.
CLARITA	Sra. Sánchez.
DOÑA CARMEN	Cebrián.
DON ANDRÉS	Sr. Fuentes.
LUIS	La Riva.
DON RAMÓN	Vallarino.
OROFIEL	Mora.
JULIO	Vico (A.)
UN CRIADO	Peral.

ACTO PRIMERO

El teatro representa un gabinete en casa de don Andrés. Puerta al foro; á la derecha, en primer término, una chimenea encendida; en segundo término, puerta que comunica con las habitaciones de don Andrés.—A la izquierda, en primer término, ventana, que se supone da al jardín; en segundo término, una puerta. Entre ambas un bureau.— En el centro del gabinete, una mesita con libros, periódicos y una bandeja llena de tarjetas.

ESCENA PRIMERA

DON ANDRÉS, LUIS y DON RAMÓN. Don Andrés y don Ramón sentados á la chimenea. Luis entra por el foro

LUIS (Quitándose el gabán.) Señores, vengo helado.

AND. Pues acércate al fuego, hijo.

LUIS (Sentándose junto á don Ramón.) ¿Cómo está mi viejecillo?

RAM. Hecho una lástima, molido... ¡Maldito viaje!... ¡Ay, Luis, ya no sirvo para nada.

LUIS Pero, tío, ¡si eres un chiquillo! ¡Si tienes los sesenta años más briosos del mundo!

RAM. No me hago ilusiones; estoy ya muy cascado para ajetrearme con estas correrías. Quítame la buena sopa, el añejo vino y el sitio junto á los tizones en mi tranquila casa, y soy hombre muerto.

AND. (A don Ramón.) Bueno. Hazte el chiquito.

RAM. ¡Quiá! Digo la verdad monda y lironda. No resisto como tú, Andrés. He dado un bajón tremendo. . créeme.

LUIS (Con ironía cariñosa.) En parte, tiene razón el pobrecillo. Verdad es que corre seis leguas por matar una liebre, que levanta un quintal como yo una onza, que comiendo es un Pantagruel; pero, ¿qué indica eso sino que su organismo se debilita, sino que la vida se le escapa á chorros?

AND. (A don Ramón, festivamente.) Nada, que siguiendo así, estás perdido.

RAM. (Riendo.) Justo. Y para conservar sobre la tierra mis quebrantados huesos todo el tiempo posible, en marchándome á Villazúl no me sacarán de allí ni con pinzas.

LUIS Eso es lo que tú quieres: hundirte en tu horroroso lugarejo. En él te encuentras como el pájaro entre el plumón de su nido.

AND. Y así demuestra su buen gusto: nuestra aldea es prodigiosamente bella.

LUIS (Burlón.) ¡Oh! Una especie de antesala del cielo.

RAM. Tú lo has dicho.

LUIS ¡Ejem!

AND. ¿Toscsitas?... ¡Me gusta! (Con entusiasmo.) Pues qué, ¿un puñadito de casas, blancas como nieve en pellas, desparramado en una loma siempre del color de la esmeralda; defendido por ejércitos de sombríos pinos y robles gigantescos; rodeado de campiñas cuajadas de carmesíes brezos, amarillentas gayombas y salvajes granados de sangrientas flores, y alumbrado por el sol de Andalucía, no es una antesala del cielo? ¡No, canástoles, no!... Tienes razón: no es la antesala: ¡es el cielo mismo!

LUIS Don Andrés, no se ponga usted elocuente, ó me voy.

RAM. Es que adora á su tierra. No es como tú, mal hijo, que la has olvidado. Antes te faltaba tiempo para ir en cuanto te daban vacaciones; pero terminaste la carrera, casóse Mariquita con Andrés, convine con él en que te hiciera su socio, en vista de que preferías ganar dinero desnudando encinas y alcornoques mejor que defendiendo crimi-

nales y arruinando pleitistas .. y no volviste á acordarte de Villazúl ni de que allí tenías á este pedazo de carne bautizada, que es tu tío, que te ha criado, y que te quiere más que á las niñas de sus ojos.

LUIS (Abrazándole.) Y yo te quiero más que á las de mis ojos y que á todas las niñas del mundo.

RAM. (Rechazándole con fingida cólera.) Sí, sí, truchimán... ¡A otro perro con ese hueso! Suelta...

LUIS (Forcejeando.) No... ¡Si vas á ver!. . ¡Si te voy a demostrar mi cariñazo!

RAM. (Conteniendo la risa.) Suelta, loquinario, hipócrita... (Levantándose.) Mucha palabrita melosa, mucho apretujón, mucha marrullería... eso sí; pero obras... ¡No haber hecho ni un viaje en siete meses! ¡Y todo por odio á tu tierra!

LUIS ¡Qué quieres! Locuras mías. Soñé mucho en tu paraíso, tiito... Luego derrumbó la realidad mis castillos en el aire, y desde entonces le guardo rencor á los sitios que hicieron germinar en mi cabeza de chiquillo tantas ilusiones locas.

RAM. ¡Ah, tonto!... Dime tus sueños... anda...

LUIS No hablemos de eso, me entristezco... Contar un sueño es exhibir un alma (Burlándose.) Vamos, he hecho una frase sin querer.

RAM. Yo jamás he soñado; mi imaginación ha sido siempre dócil esclava de mi voluntad.

LUIS ¡Feliz criatura!

AND. Sí, está libre de esa tristeza sin causa que á veces te ataca y que tanto te hace sufrir. Cúrate... ¿Con qué? ¡Con el trabajo! (Entra María por la derecha.)

RAM. Un cuerpo cansado le corta los vuelos á la más volandera fantasía.

ESCENA II

MARÍA, DON ANDRÉS, LUIS y DON RAMÓN. Al final un CRIADO

MARÍA ¿De qué se trata? ¿Qué fantasía es esa?

RAM. La de tu compañero de niñez, la de Luisi-

llo, que ahora se nos ha vuelto algo romántico. Andrés le recetaba una medicina buenísima para curar tristezas.

AND. (A don Ramón.) Te advierto que esta (María.) también flaquea.

RAM. ¡Cómo! ¿Acaso mi niña tiene también castillitos derrumbados y desilusiones y penitas?

MARÍA ¿Yo tener penas?

AND. No debes tenerlas. Nada te falta: eres la dueña de mi casa y de mi persona; tus años son pocos, mucha tu belleza; somos muy ricos y puedes satisfacer todos tus caprichos... Y, sin embargo, algunos días estas triste, melancólica... Te pregunto qué tienes, y contestas con tono displicente: «¡Los nervios!» ¡Los nervios!... Palabreja inventada por las mujeres para explicar todo lo inexplicable!

MARÍA Anda, que te pones más fastidioso... Ya salió mi tristeza á relucir... ¡Mire usted que es *tema!*

LUIS No niegues, chiquilla. Déjale decir. Se ha empeñado en que somos lúgubres como cipreses... ¡y cualquiera le convence de lo contrario!

RAM. (A Luis.) Lo cierto es que con tus chifladuras entristeces á la niña...

AND. (Con jovialidad.) Y el día que don Luis amanece fúnebre, tuerce el gesto mi doña Marujita... ¡y me divierto, como hay Dios!

CRIADO (Desde la puerta del foro.) Los señores de Gálvez...

MARÍA Que pasen. (Sale el Criado.)

AND. (A don Ramón.) Ya tienes ahí á Julieta y Romeo. (Entran Clarita y Julio por el foro.)

ESCENA III

MARÍA, CLARITA, DON ANDRÉS, LUIS, DON RAMÓN y JULIO
Después el CRIADO

RAM. ¡Hola, tórtolos!

JULIO (Abrazándole.) ¡Don Ramón!

CLAR. (Le da la mano.) ¿Qué tal? Le encuentro á usted rejuvenecido.

RAM. ¡Aduladora! Tú sí que estás linda. Te ha sentado el matrimonio admirablemente.

MARÍA (A Clarita.) ¿Tan temprano por aquí? (Se besan.)

CLAR. Hija, tenía que visitar á Emilia, y he preferido pasar antes por tu casa para ser la primerita que felicite á tu marido. . ¡Don Andrés!... (Le estrecha la mano.)

JULIO Yo también felicito á usted con todo mi corazón.

AND. Se agradece de igual modo.

LUIS Clara, vienes prodigiosa.

JULIO Pues no lo digas... que Otelo se queda en pañales junto a mí.

CLAR. (Riendo.) ¡Verdad, muchacho!

CRIADO Señor...

AND. ¿Qué pasa?

CRIADO (Confuso.) Perdone el señor... pero... Es que el cochero *tié armá* una *sanfrancia*... Va á matar á su mujer.

AND. ¡Ese animal!

MARÍA Despídele... Salimos á escándalo por día... Trata á la pobre Felisa peor que á una bestia. Me espanta ese hombre.

AND. Sí, á la calle; es lo mejor. (Al Criado.) Vé al almacén y di que le paguen lo que se le deba. (Sale el Criado.)

ESCENA IV

MARÍA, CLARITA, DON ANDRES, LUIS, DON RAMÓN y JULIO

LUIS Yo no le despedia. Tomás es un pobre hombre.

AND. ¡Un infeliz!... Sino que, por distraerse, le patea las costillas á su hembra.

LUIS Y, no obstante, es bueno: tan bueno como cualquiera de nosotros.

AND. (Inclinándose cómicamente.) ¡Oh! ¡Tanto honor!...

LUIS Es que dan ustedes mucha importancia á una cosa que es naturalísima, que no debía extrañaros . Tomás se ha criado en una cuadra, carece de educación y no sabe reprimir

sus instintos.. No ha logrado aprender el arte elemental de la hipocresía, en el que todos somos maestros, y nos enseña su alma sin tapujos, tal como es, con su luz y su sombra.

MARÍA Bien, lo que quieras; pero que se vaya.

AND. Es un hombre demasiado primitivo para guiar mis carruajes.

JULIO Y tiene gracia. Cuando se emborracha pronuncia discursos fenomenales: dice casi tantos disparates como Orofiel, nuestro ilustre diputado.

RAM. Julio... ¡por Dios!

LUIS (Irónico.) ¿Vas á criticar á Orofiel?... A ese mansísimo borrico, flor y nata de la ridiculez, hay que respetarle. ¡No es cochero, no se embriaga con el asqueroso vinazo de las tabernas, no maneja el rufianesco garrote!... Orofiel es un caballero.

AND. (Bondadosamente.) Luis, Luis, no se habla así de un hombre bueno.

JULIO ¿Bueno? Idiota, querrá usted decir.

AND. Es honrado y eso basta para que se hable de él con respeto.

LUIS ¡Honra! Es la palabra mas vacía que conozco. La inventaron con el fin de premiar á los que tienen la fuerza de voluntad suficiente para no delinquir mas que con el espíritu. ¿No realizas las infamias que meditas? Eres honrado. Mientras asesines y robes en tu pensamiento, nadie te negará su saludo; pero exterioriza lo que pensaste; coge una peseta, mata a un hombre, y das con tus huesos en la cárcel, y tus amigos,—ladrones, homicidas, y violadores imaginativos, como tú,—te desprecian olímpicamente desde lo alto de su pedestal de honradez.

AND. Y tienen derecho á despreciar, porque supieron resistir con bríos la tentación.

LUIS ¡Ca! No hay tales bríos. No hay más que miedo: miedo al presidio, á la horrenda caída, al desprecio que se escupe sobre el vencido. Si estuviésemos seguros del secreto, ¡cómo gozaríamos satisfaciendo misteriosa-

mente todos nuestros antojos, por brutales que fueran! Pero tememos que nos descubran, somos cobardes, asquerosamente cobardes... y esa cobardía evita que nos devoremos.

RAM. Estás diciendo majaderías, sobrinillo. Si supiera que crées cuanto has dicho, no te mirabas más.

JULIO Pues, en algunas cosas, tiene razón.

AND. Sí: esta (la frente.) es malvada. Si solamente tuviéramos cabeza, seríamos demonios; pero tenemos algo que tu has olvidado, Luis; tenemos corazón; ¡y el corazón, con sus generosos arranques, se impone á la cabeza!

MARÍA ¡Muy bien, caramba!

LUIS ¡Qué sabés tú! Palabras bonitas, nada más.

RAM. Bueno, hazte el escéptico. ¡Qué manía más ridícula la de estos mozuelos de ahora!

AND. Todos están desengañados, hartos de la vida. ¿Creér ellos en algo puro, en algo noble? ¡Bah! Eso queda para nosotros, los de alma vulgarota y caletre simplísimo.

JULIO La verdad es que somos unos cursis. (Deteniéndose junto á la mesita.) ¡Diablo, qué carga de tarjetas!

MARÍA Por la noche no faltarán ustedes... Va á dar un concierto Julián Suárez.

CLAR. A las diez aquí. (Se levanta.) Julio... (A María.) Ya es tarde: Emilia espera.

MARÍA Pasa por el jardín y verás la capillita que me están haciendo. Te acompañaré.

JULIO (A don Andrés y á don Ramón.) ¿Ustedes se quedan?

AND. Sí, hijo: á nuestra edad no gusta mucho subir y bajar escaleras.

LUIS Yo daré una vuelta por los almacenes.

MARÍA } Hasta luego. (Salen por el foro María, Clara,
CLAR. } Luis y Julio.)

ESCENA V

DON ANDRÉS y DON RAMÓN

AND. Antes de quince minutos volverán.. Pero me sobra tiempo.

RAM. ¿Secretitos tenemos?

AND. (Gravemente.) Hermano, quiero confiarte algo que me escuece aquí dentro: algo que me pesa sobre el corazón como una montaña de hierro...

RAM. ¡Qué tono más!... Habla, Andrés; arroja ese peso, desahógate.

AND. Es... que no me atrevo.

RAM. ¿Eh? (Pausa.) Cosa grave será.

AND. Tan grave, que me avergüenzo de confesártela; tan grave, que quisiera esconderla en el mas oscuro rincón de mi conciencia y olvidar que mi cerebro se había manchado pensándola... Juzga: sospecho que María me engaña.

RAM. (Sorprendido.) ¡Cómo! María, mi hija... (Riendo.) ¡Por vida del moro Muza, que has perdido el seso, muchacho!

AND. Es posible; me alegraría...

RAM. ¡Válgame Dios!.. Y dime: ¿en qué te fundas para asegurar?...

AND. En todo: en su tristeza constante; en su despego...

RAM. Y el cómplice es...

AND. ¡Luis!

RAM. (Soltando la carcajada, despues de una corta pausa.) ¡Magnífico!... ¡Asombroso!... ¡Caracoles, con el actorazo! Bien has sabido burlarte de mí.

AND. Hablo en serio ¿No me ves padeciendo?

RAM. Entonces te compadezco, porque crées una insigne bellaquería.

AND. (Con viveza.) No creo: sospecho. Si creyera no sé á que sangrientas brutalidades me hubieran arrastrado ya los celos. Y aun la sospecha no me martiriza siempre: tengo días de calma en los que me río de mis visiones...

Pero les veo mirarse con ojos hambrientos de caricias, con ojos que se besan, y vuelve la duda á morderme el corazón. (Pausa.) No puedo luchar solo; ayúdame...

RAM. ¡Pero si no debes necesitar ayuda!... ¡Si tu sospecha es de idiota!... ¡Dudar de ellos tan buenos, tan puros!... ¿Qué se miran con amor? ¡Pues no han de mirarse, si se han criado juntos, como hermanos!... Lo extraño sería que no se amasen.

AND. Pero...

RAM. (Enérgico.) Andrés, por Dios, reflexiona; limpia tu alma de esa villana levadura que puede hacer de un hombre honrado un asesino.

AND. Seré fuerte... Mi enfermedad aun no ha adquirido desarrollo; se inicia ahora..

RAM. ¿Observas algo extraordinario en ellos?

AND. Nada; pero los celos inventan lo que no pueden ver...

RAM. ¿Quieres que me lleve á Luis?

AND. ¡Oh, no! Podría sospechar y la vergüenza me mataría...

RAM. Si yo te demostrase...

AND. Cuanto me digas en su favor, me lo he dicho yo, esforzándome en recobrar la calma... Es inútil!.

RAM. Una pregunta, Andrés... Si sucede lo que imagino, estás curado... Una pregunta: ¿Cómo tratas á tu mujer? ¿Con cariño? ¿Con indiferencia?... Sé franco.

AND. Hombre...

RAM. ¡La verdad!

AND. Sabes que la amo...

RAM. Inmensamente; lo sé; pero no se habla de eso.

AND. Pues... en mis días de múrria, ni la miro. No puedo; esos días soy malo.

RAM. ¡Lo adiviné! (Con aire de triunfo.) ¡Y te extraña la conducta de mi pobre hija! Te pegaba de buenas ganas... El marido se hace el tirano, no sonríe, no habla, recibe con cara de palo las ternezas de su mujer..

AND. ¿Y por eso ella?...

RAM. Justo. Por eso ella, dolorida á causa de las injusticias del tiranuelo, busca en su hermano el cariño que se la niega. No hagas simplezas y evitarás lo que te sucede.

AND. (Alegre..) No me parece muy descabellado lo que dices...

RAM. ¡Si es la verdad, condenado! ¡Buen rato me ha hecho pasar tu maldita confidencia!... Atiende: plan curativo.

AND. Atiendo.

RAM Plan curativo: quedan prohibidos los ademanes bruscos, las palabras...

AND. Duras, las...

RAM. Malas respuestas ..

AND. Bien: queda prohibido hacer todo lo que hasta hoy he hecho... Venga un abrazo. Seguiré tu plan y te juro que he de conseseguir perdonarme á mí mismo la vileza de mi conducta... Sabré vencerme, hermano.

RAM. Así te quiero: con esa nobleza, tan tuya, que no tiene igual en el mundo. Yo también haré lo que sea preciso...

AND. ¡Cuidado! No vayas á decir ..

RAM. ¡Tonto! Me limitaré á hablar con María y á reñirla un poquillo para que no vuelva á perder el buen humor

AND. Y ahora, (Confuso.) ahora, perdóname... olvida mi..

RAM. ¡A callar!

AND. No quiero descender en tu concepto...

RAM. (Tapándose los oídos.) No oigo. Me indignan las tonterías. (Entra Emilia por el foro.)

ESCENA VI

EMILIA, DON ANDRÉS y DON RAMÓN

EMIL. ¡Qué solitos!

RAM. ¡Dichosos los ojos!... ¿Cómo está mi Diana cazadora?

AND. (Saludando á Emilia.) Persigue á una res que se le ha escapado.

EMIL. Alegre estamos hoy, don Andrés. (Se sientan.)

AND. Gracias á Dios... y á Ramón.

RAM. (A don Andrés.) Pero explícame eso de la escapatoria.

EMIL. Don Andrés aludía á mi riña con Luis.

RAM. ¡Han terminado ustedes! Y ¿por qué?

EMIL. Sin duda su señor sobrino se aburrió de mí.

AND. Cosas de chiquillos.

EMIL. Hemos sido novios tres años... La gente suponía que este mes nos casaríamos... y efectivamente. .

AND. Luis no es un tarambana; no desconfíe usted que él volverá. .

EMIL. ¡Eso deseo, que vuelva! Estoy enamorada de él, locamente enamorada, ¡como puedo enamorarme yo! Lo confieso sin avergonzarme. Querer con pureza no es ningún delito.

AND. ¡Hermosa, valiente sinceridad!

EMIL. Que solo me ha proporcionado disgustos... (Pausa.) Algunas veces me propongo variar, y hablo con reserva, con disimulo, pesando lo que voy á decir... ¡Inútiles esfuerzos! Mi espíritu se subleva contra el engaño: me siento enferma, febril, y sale á torrentes de mi boca la verdad, lo que pienso, con más crudeza que antes, como si quisiera protestar de la mentira intentada. Esto no merece elogios, no tiene mérito alguno: yo sería así aunque no quisiera.

RAM. Voy á tirarle de las orejas á mi sobrino, por tonto. Una mujer como usted, no se encuentra ni buscándola con un candil... Yo haré que tengan ustedes una entrevista...

EMIL. Vamos á tenerla aquí, en el baile de esta noche. Le he escrito.

RAM. ¿Y el motivo de la riña?...

EMIL. ¡Si no ha habido entre nosotros ni el menor disgusto!... Me ha dejado sin razón alguna, por antipatía, por aburrimiento... El lo sabrá... Y como yo también quiero saberlo; como deseo aclarar ese misterio... ¡sí, misterio, porque huye de mí y por algo huye!... le he citado exigiéndole una explicación.

AND. Y la dará, Emilia. No lo dude usted.

RAM. Sí. Luis no tiene malas entrañas.

EMIL. Y si las tiene... ¡cuidado!... ¡que vaya con cuidado! (María y Julio entran por el foro.)

ESCENA VII

MARÍA, EMILIA, DON ANDRÉS, DON RAMÓN y JULIO

MARÍA (Besando á Emilia.) Estamos jugando al escondite: nosotros buscándote en tu casa y tú en la nuestra.

JULIO. (Dando la mano á Emilia.) Mi mujer se ha quedado aguardándote... Quiere consultarte no sé qué cosa... De moños se trata.

MARIA Es un sombrero que desea ver Clarita. Te llevaré á donde está... Se ha metido en uno de los cenadores nuevos.

EMIL. Vamos. (Saludando.) Señores... (Salen María y Emilia por el foro.)

ESCENA VIII

DON ANDRÉS, LUIS, DON RAMÓN y JULIO; al final MARÍA

JULIO. (Por Emilia.) ¿Eh? ¡Qué pedazo de gloria, don Ramón! (A Luis, que entra por el foro.) Chico, eres un mamarracho.

RAM. Un majadero.

AND. Un tonto, que ha encontrado la felicidad y la desprecia, como si se tropezara con ella en la vida más de una vez.

LUIS (Sorprendido.) Sigan ustedes... ¡Caballeros, qué recibimiento!

JULIO. El que mereces.

AND. Acaba de salir Emilia.

LUIS ¡Ah! Emilia acaba de salir. (Con flema.) Bueno... ¿y qué?

RAM. Hombre, eres un infame. ¡Haberte burlado de una criatura como ella! ¡Canastoles, no tienes perdón de Dios!

AND. A mí me encanta... Lindísima, con talento, gracia, bondad...

LUIS Sí, es una mujer completa .. demasiado completa. Por eso la he dejado. Mi exnovia tiene la voluntad más firme que una barra de acero. Es un genio indomable.

RAM. Esas son las buenas, las que me gustan. Se doman admirablemente tratándolas con amor. Cásate con ella, desbrávala...

LUIS Dios me libre. No, tiito: que la desbrave otro más valiente; yo no sirvo para domador de fieras No se ha hecho para mi cerviz el yugo matrimoñesco. ¡Horror!

AND. ¡Ya caerás!

JULIO ¡Vaya!

LUIS Se equivocan ustedes. Soy muy cobarde.

RAM. ¡Si supieras qué ganas tengo de verte casado! Estoy rabiando por tener sobrinillos gordinflones que me digan abuelito y me tiren del bigote, y me pinten muñecos en la calva.

LUIS ¡Bonita diversión!

JULIO (A don Ramón.) No hable usted más, que es machacar en hierro frío. (A don Andrés.) Tratemos nosotros de algo más práctico. Hoy me ha visitado don Rafael. Va convenciéndose.

AND. ¡Hola! ¿Haremos el negocio?

LUIS ¡Pagamos el corcho á su verdadero precio!...

JULIO Pasemos al despacho. (María entra por el foro.)

MARÍA ¿Se marchan ustedes?

AND. Si lo permites...

MARÍA ¡No faltaba más! Charlaré con mi papá Ramón. (Salen por la izquierda don Andrés, Luis y Julio.)

ESCENA IX

MARÍA y DON RAMÓN

RAM. Siéntate... aquí, á mi lado. (Se sientan.) Mírame.

MARÍA (Burlona.) ¡Ay, qué solemnidad! ¿Vas á pronunciarme un discurso?

RAM. Déjate de cuchufletas... Mírame.

MARÍA (Afectando seriedad.) Te miro.

RAM. Tenemos que hablar seriamente; quiero que me confieses todos tus pecadillos.

MARÍA (Con gracia.) Yo soy una santita; ¡y las santas no pecan!

RAM. Tú te entristeces, y entristecerse sin motivo es un pecado imperdonable.

MARÍA (Confusa.) Padre, ¿vas á ponerte como Andrés?

RAM. María, niña de mi vida, sé franca. Te quiero con un cariño superior á todo encarecimiento, por hiperbólico que sea. Te recogí á la muerte de tus padres, te he criado como á una hija, te hé infundido mi modo de pensar y de sentir, tienes algo mío: si no la carne, el alma; el alma que yo he moldeado, el espíritu cuya educación he dirigido... ¡Confíate á mí! ¿Tienes penas? ¡Cuéntamelas y lloraré contigo!

MARÍA ¡Si no tengo penas! ¡Si soy la mujer más feliz del mundo! ¿Qué me falta?

RAM. Te falta no padecer. Tú padeces: lo ha visto Andrés con los ojos del amor, que jamás se equivocan.

MARÍA ¡Que se equivocan siempre; que no ven nada ó abultan las cosas hasta desfigurarlas!.. (Pausa.) Es que Andrés me quiere mucho y está constantemente estudiando mis palabras, mis gestos, el color de mi rostro.. Si me aburro, crée que sufro; si medito, le parezco enferma; si no río afirma que me desespero.

RAM. Tal vez tengas razón.

MARÍA La tengo. No hay más que lo que te he dicho, papaíto: que no río siempre, que medito bastante, que, á veces, me aburro.

RAM. Pues el aburrimiento es compañero malísimo, y hay que combatirlo á sangre y fuego. Estoy seguro de quitártelo en quince días. Cojo á mi chiquilla, me la llevo á la aldea, pasa dos semanas cantando, como una alondra al clarear el día y..

MARÍA Y tu chiquilla almacena gozo para diez años. (Con exaltación.) Sí, me iré contigo, soli-

ta contigo... Viviremos como antes de mi casamiento. ¿Y la casa?... ¿Y nuestra casita, padre? ¡La recuerdo más!... El jardín se habrá puesto hermosísimo. Mira, había un rinconcito junto á la leñera, entre el granado y el jazmín... ¿Se ha perdido el jazmín? ¡Hombre, bueno estaría!

RAM. No, cotorra, no se ha perdido.

MARÍA Verás, en el rinconcito aquel tenía yo mi cementerio de bichos...

RAM. ¡Caramba!

MARÍA Enterraba abejas, mariposas y avispas... Cuando se murió mi jilguero, lo metí en una cajita de raso celeste, llena de violetas y nardos, y lo enterré al pie de una mata de claveles.. Luis pintó con añil en la pared, un bosque de rosales, alumbrado por un sol que se reía... Era el paraíso de los jilgueros.

MAM. ¡Buena idea!

RARÍA ¡Luis tiene mucho talento! (Pausa.) ¡Cómo hemos disfrutado en Villazúl! ¡Qué tiempos aquellos más felices! La noche que vuelva á acostarme en mi cama de soltera y espere al sueño, viendo el aromo que curiosea en mi cuarto, metiendo sus ramas por la ventanilla del jardín, y oyendo cantar los ruiseñores, y respirando el viento de los campos, me muero de alegría, padre de mi alma.

RAM. (Abrazándola.) ¡Ay, mi campesina! ¿Alegra el corazonzito la evocación del terreno querido?

MARÍA Llévame pronto... dile á Andrés que nos vamos.. ¿Cuándo salimos de aquí?

RAM. Cuando quieras: mañana... dentro de seis días..

MARÍA No, mañana. ¡Si sería capaz de coger tu brazo ahora mismo y hacer el viaje á pie! Has tenido una gran idea. Tú también eres hombre de talento. Te pareces á Luis.

RAM. ¡Papelona!

MARÍA No, de veras.

RAM. Cuando llegues se abrirá de nuevo el comedor... No entro nunca en él. Conserva en sus

bovedillas el eco de vuestras palabras, la música de vuestras risas... (Conmovido.) Allí me acuerdo de aquellas veladas al amor de la lumbre tan deliciosas, tan plácidas; de aquellas comidas sazonadas por el cariño .. y no quiero acordarme, porque me invade una tristeza infinita pensando en que las pasadas alegrías ya no volverán á fortalecer mi espíritu. . ¡Chocheces de viejo!

MARÍA (Le abraza.) ¡Pobrecito! Te hemos abandonado... (Dominando la angustia.) Pero los tiempos cambiarán... ¿Verdad que cambiarán?... ¡Dime que sí, dime que sí por Dios!

RAM. ¡Loca! ¡Mire usté qué penita porque su padre está solo!

MARÍA Sí, tengo mucha pena. ¡Me da una lástima de tí y. . de mí! (Inclina la cabeza sobre el pecho de don Ramón y llora.)

RAM. (Con sorpresa y angustia.) ¡María, niña de mi vida! ¿qué tienes?... ¿por qué lloras?

MARÍA Déjame, papá... No tengo nada... Los nervios.

RAM. ¿Quién te hace sufrir? ¡Dímelo!

MARÍA Vete, papá. Es una excitación nerviosa. Anda... (Intentando sonreir.) Ya no lloro; ya estoy alegre.

RAM. (Pensativo.) ¡Alegre!

MARÍA No me hagas caso Si tú lo sabes. Soy una loca. . Antes de diez minutos voy por tí al jardín. ¿Me dejas?

RAM. (Después de una pausa.) Sea... Un beso. (La besa y sale por el foro.)

ESCENA X

MARÍA y LUIS

LUIS (Por la izquierda.) Solos... Ya era tiempo. ¡Qué dos días! (Inquieto.) Pero, ¿qué tienes? ¡Has llorado! ¿Qué te pasa?

MARÍA Nada: que me habló papa de nuestra casita, Luis, donde tan felices hemos sido, y se me

oprimió el corazón y me eché á llorar como una tonta.

LUIS ¡Pobrecilla!

MARÍA Creo que extrañará que llore acordándome de Villazúl.

LUIS También extrañará que yo la odie... El y tu marido son legos en la ciencia de sondar espíritus, y nada verán por mucho que miren... Son dos santísimos varones, muy trabajadores, muy honrados; dos hormiguitas que han sabido abarrotar el granero. Nada más. No han amado nunca como nosotros Padre Ramón quiso mucho á su esposa; pero á su manera: sin celos, sin entusiasmo, muy tranquilamente.. El otro, tu marido, se casó á los cincuenta años... Hasta entonces vivió sin más amor que el de la moneda... Hoy te querrá; mas...

MARÍA ¡Si no me hubiese casado!... Pero, Dios mío, ¡si yo era más que inocente, si yo era tonta! Estaba muerta por tí y no sabía lo que era pasión.

LUIS No supieron educarte; dejáronte en una ignorancia tremenda respecto á muchas cosas que debe saber una mujer. Sin amigas, sin libros; siempre con tía Gertrudis, que te privaba hasta de ir al corral para que no vieras al gallo galantear á las gallinas, á los veinte años tenías menos malicia que un querubín. Tu marido no tuvo más que alargar la garra y cogerte.

MARÍA ¡Para luego no saber guardarme! (Pausa.) Andrés se ha fijado en mi tristeza y tengo miedo. ¡Creo que todo el mundo ve la traición en el fondo de mis ojos! ¡Es horrible nuestra vida!

LUIS Y no podemos cambiarla... hay que seguir valerosamente el camino emprendido... ó tomar otro, el único...

MARÍA No, Luis. (Enérgica.) ¡Me mato antes que fugarme!

LUIS Pero, fíjate, tonta: confesar la caída es más noble que ocultarla. Lo que hacemos es bajo, repugnante...

MARÍA ¿Y padre Ramón, que se moriría de vergüenza? ¿Y Andrés que te quiere como á un hijo, que confía en tí, y que vería su dicha asesinada y su honra por el suelo?... No, no huyo. No me lo propongas, si me quieres. Defiéndeme de mí misma... ¡O vete, sepárate de mí!... Ya que nunca seremos felices, no hagamos desgraciados á los demás.

LUIS ¡Marcharme yo!...

MARÍA Sí, vete; no quiero, no puedo seguir representando esta abominable comedia...

LUIS (Con pasión.) ¡Que yo renuncie á verte, á oír tu voz, á emborracharme con tu aliento!... ¡Locura! Dale vista á un ciego y pídele que torne á la espantosa oscuridad de la ceguera; envía un alma al cielo y exígela que vuelva á animar con su divino soplo el miserable cuerpo abandonado... ¿Obedecerán? ¡Pues cómo he de obedecerte yo, cómo he de abandonarte, si tu amor es la luz de mis ojos y el cielo de mi alma? (Entra don Andrés por el foro.)

MARÍA (¡Calla!)

ESCENA XI

MARÍA, DON ANDRÉS y LUIS

AND. (Con recelo.) (¡Juntos siempre!) (Como desechando la duda.) (¡Viejo incorregible!) (Afable.) ¿Se charla, pimpollos? (A María.) ¿Qué cara es esa? (A Luis.) Hombre, ¿ya me la pusiste hecha una Dolorosa?

MARÍA (Algo confusa.) ¿Se fué Julio?

AND. Ha ido por Clarita... Hemos arreglado un negocio. La ganancia será enorme... (Abrazándola.) Para tí, mi único cariño en el mundo.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.—Es de noche.—Al levantarse el telón se oye un piano.—No hay nadie en escena. A poco, EMILIA y LUIS entran por el foro

ESCENA PRIMERA

EMILIA y LUIS

EMIL. ¿Ves? Aquí se habla mejor que entre la gente. (Se sientan junto á la chimenea.) ¡Tenía unos deseos de que llegase este momento!... Tú, no. Te lo conozco en la cara... cara de criminal ante la justicia.

LUIS Te engañas: yo también quiero oirte, disculparme...

EMIL. Falso. No mientas. Mentir siempre es una bajeza; y cuando el engaño no se logra, una ridiculez. (Pausa.) ¡Hace veinte días que huyes de mí! ¿Por qué huyes?

LUIS (Con tono resuelto, después de un momento de duda.) Por no hacerte desgraciada, por no fingir lo que no siento. Sí, debo hablarte sinceramente .. Creí estar enamorado y... ¡me equivoqué, Emilia! Ese es mi crimen.

EMIL. Verdad, tu crimen, porque las equivocaciones en amor son infamias. (Pausa.) Has sido siempre mi pensamiento constante, mi aspiración única. Te buscaban mis ojos como el sediento el agua. Tú no eras más que un

amigo... un amigo indiferente, que jamás llegaría á ser un novio. De pronto observé que variabas; querías agradarme, eran de fuego tus palabras... ¡Y la alegría me volvió loca! Tan loca, que pasaba las noches en la ventana, con la vista fija en las tuyas; pronunciando tu nombre y balbuceando palabras de amor, dulces como mieles, que me subían del corazón á los labios. (Emocionada.) Luego el noviazgo... tres años en los que he ido entregándote mi alma poco á poco... para que me la devuelvas ¡donosa ocurrencia! porque te equivocaste al tomarla. (Llora.)

LUIS Perdóname, Emilia... ¡No sé lo que daría por borrar lo pasado!

EMIL. Lo pasado no puede borrarlo ni el infinito poder de Dios.

LUIS Perdóname .. Seré tu mejor amigo, tu hermano...

EMIL. (Colérica.) Eres malo, Luis; malo y torpe. ¡Amistad entre nosotros! .. Pero, ¿no comprendes que te quiero inmensamente, que soy tuya, que soy tu esclava? (Pausa.—Con triste ironía.) Es indecoroso lo que acabo de decir, según la moral de ustedes, que prohibe á las doncellas honestas la franqueza. ¿Que un hombre las engaña? ¡Pues á sufrir, afectando indiferencia, para evitar el justísimo zarpazo del mundo! Dejar ver el amor es ligereza punible; confesarlo, asquerosa liviandad. Lo sé; no peco por ignorancia. (Con brio.) Es que no quiero ser como los hipócritas mandan; es que considero estúpida esa honestidad que consiste en esclavizarse el corazón condenándole á eterno mutismo. ¡Yo no condeno al mío: le dejo que hable y dice á voces que te quiere! ¡Quiéreme tú!

LUIS Como hermano... Sería una vileza engañarte.

EMIL. ¡No; como marido, como amante, como dueño!... Háblame con cariño, engáñame, finge, miente... como mentías en tus cartas, que es muy hermosa la mentira. ¡Te amo yo tanto! Nunca he mirado á un hombre; soy

más pura que la nieve al caer; ignoro todo lo malo... (Llorando.) Hazme tu compañera; no huyas de mí...

LUIS Emilia... por caridad, no llores. Vales mucho; mereces un hombre mejor que yo..

EMIL. No le hay. ¡El mejor eres tú; tú, porque te quiero!

LUIS Hermana mía, no congeniamos, no seríamos felices... Es que sentimos de distinto modo.

EMIL. (Con frenética alegría.) ¿Por eso?... ¿Por eso me has dejado? ¿Por mi dureza de carácter?... ¿por mi orgullo? ¡Ah, entonces vuelve á quererme, manda, transfórmame, que á tu lado el orgullo se convertirá en humildad, y el hierro del carácter en blandísima cera!... Adivinaré tus caprichos; serás para mí hermano, amante, hijo... ¡Tú no sabes cómo queremos las orgullosas, cuando el amor nos coge por el alma! Pero... ¿qué tienes? (Irritada.) ¡Padeces!... ¡Me escuchas contrariado!

LUIS (Imposible... imposible.)

EMIL. (Con acento incisivo.) ¿Quieres á otra?

LUIS (Vivamente.) ¡Qué suposición! A nadie: te lo juro. Si me casara, tú serías mi esposa. Pero destrozaría tu vida, Emilia, porque...

EMIL. Porque no me quieres. (Pausa.) Bien, Luis... (Con voz temblona.) Bien. Se acabaron las súplicas. (¡Ay, este indigno, (El corazón.) cómo golpea!) Deseo estar sola.

LUIS (Suplicante.) Olvidemos.

EMIL. Olvidaré lo que deba olvidar. (Con dureza.) ¡Déjame!

LUIS Pero...

EMIL. ¡Déjame!

LUIS Adiós. (Sale por el foro.—Clarita, doña Carmen, don Andrés, Julio y Orofiel entran por la izquierda.)

ESCENA II

EMILIA, CLARITA, DOÑA CARMEN, DON ANDRÉS, JULIO y OROFIEL

CAR. (A Orofiel.) Vamos, habla, Jacinto... Traes mala cara. Algo desagradable te ha sucedido.. Lo conozco.

OROF. Mujer... (Distraído vuelve la espalda á Emilia.)

EMIL. ¿Qué hay, don Jacinto?

OROF. Emilita, siempre á sus órdenes. Perdone usted. No la había visto. Vengo *transtornado*... ¡esa es la palabra!

AND. Sepamos la causa.

OROF. ¡La causa, la causa!... ¡Ay, don Andrés! El edificio social se conmueve por los cimientos; vacila, próximo á desplomarse... Porque... ¡yo lo digo, Jacinto Orofiel lo dice con la mano puesta en el pecho!... porque las libertades anárquicas... En suma, señores, ¡la *involucración!*

JULIO ¡Es claro!

OROF. (Manoteando.) En mis barbas, sin la menor consideración, se ha intentado cometer un crimen que me atrevo á calificar de miserable... Más aún, y no exagero.

AND. ¡Caramba, don Jacinto!

OROF. (Entusiasmado.) La negra oscuridad de la noche. . oscuridad tenebrosa, cuajada, por decirlo así, de tinieblas... El silencio que.. bueno... Un hombre... ¡desgraciado!

CAR. ¡El pobre! Cuéntalo bien, Jacinto.

OROF. Una mujer... una hembra, ¿eh?... Venía yo por la acera, y ¡pun!, un tiro.

CAR. ¡Ay, qué susto! No me lo digas.

OROF. Me aproximo. . En las losas, sobre aquellas losas.. *honradas*, ¡esa es la palabra!, yacía el hombre completamente desmayado. (A don Andrés.) La víctima era su cochero de usted; la criminal, su mujer.

AND (Emocionado.) ¡Cómo!

JULIO (Riendo estrepitosamente.) ¡Atiza! ¡María asesinando á su cochero!

OROF. (Digno.) He dicho, señor don Julito, que disparó sobre el beodísimo auriga su mujer, la mujer del auriga. Y como he hablado con entera corrección... *diccionaria*... que así puede llamarse ..

JULIO ¡Por Cristo vivo, queridísimo Orofiel, va usted á!..

AND. (A Orofiel.) Pero, Tomás...

OROF. No tenía nada... un rasguño en la frente... nada. Se desmayó del susto.

JULIO Como que al más pintado le hace perder el sentido una bromita de ese calibre.

OROF. ¡Ah, señores! Hoy las mujeres olvidan la cristianísima educación de sus mayores; hoy degüellan á mano armada... ¡Son fieras *chacalas* del desierto!

EMIL. ¡Una fiera la mujer que se venga matando! ¿Y el hombre que hace lo mismo? ..

OROF. ¡Oh! Permítame usted, bella Emilia... El hombre... un sér varonil... ¡esa es la palabra!, diferénciase extraordinariamente por su sexo de la...

EMIL. Sí, cierto. No puede ser mayor la diferencia que existe entre amos y esclavas.

OROF. ¡Esclavas!

JULIO Eres injusta: ustedes mandan; por vuestras lindas personas luchamos: sois nuestras iguales.

EMIL. Vulgaridades, hijito. Palabrazas huecas que voceais á diario, aparentando creerlas. El mismo caballero que descalabra á su Dulcinea pregona luego la igualdad tan cacareada... ¡como si él llevase también la cabeza rota!... ¡Bah! Regeneraciones... igualdades... ¡pura patraña! Somos, desde que hay mundo, diosas... algunos momentos; chismes, útiles ó lujosos, siempre.

OROF. Pero Emilia .. pero Emilita...

JULIO Tú quisieras ser la dueña del orbe: dominar, esclavizar .. ¡Chiflada! Te falta, para ser perfecta, humildad, la gran virtud femenina.

EMIL. Ese es vuestro ideal: debemos ser tan humildes, que ni pensemos por cuenta propia. Humildad que llegue á los linderos del idiotismo: la que tenía Felisa antes de atacar al cochero.

CLAR. Muchacha, ¿te atreverás á defender á esa infame?

EMIL. ¿Por qué no? Es lo justo.

JULIO ¡Valiente cabecita!

CLAR. (A Julio.) ¿Qué sabes tú? Siempre quieres ganarlas.

EMIL. No existirá en el mundo criatura más bondadosa que Felisa: ultrajes .. golpes... todo se lo aguantó á su marido con resignación de santa. Pero se ha visto en la calle, sin pan que aplacara el hambre de sus niños...

AND. Sí, hay que disculparla.

EMIL. Yo hubiera hecho lo mismo que ella... Los espíritus cobardes, perdonan; los valerosos, se vengan.

AND. No, Emilia. Para nada se necesita más valor que para olvidar.

EMIL. Entonces, don Andrés, soy poco valiente; porque si cometieran conmigo alguna infamia, me vengaría, aun cometiendo otra mayor. (Pausa.) ¿Usted... no?

AND. Según fuera la ofensa... Hija, estoy muy lejos de la santidad.

CAR. ¡Vaya una conversación divertida!

CLAR. Vamos á dar una vuelta, doña Carmen. (A Emilia.) Anda... Que mi maridillo se quede charlando, si le parece.

JULIO Jamás. (A Orofiel.) Escoltemos á las tres gracias. (Salen por el foro Emilia, Clarita y doña Carmen. Orofiel y Julio, cogidos del brazo, las siguen.)

ESCENA III

MARÍA y DON ANDRÉS

AND. (A María, que entra por la izquierda.) ¡Mi señora!

MARÍA ¡Uf! Me marea la gente....

AND. Descansa un rato. (Se sienta junto á ella.) Quisiera hacerte una preguntilla.

MARÍA Respecto...

AND. A cierta excursión al pueblo, de que me ha hablado tu padre.

MARÍA ¿Qué te parece el proyecto? (Pausa.)

AND. Huyes de mí con razón. Me hé portado mal contigo estos días... Recelos, quejas, frialdad inmotivada... ¡Perdóname!

MARÍA (Sorprendida.) ¿Crees que deseo ir á Villazúl por no estar contigo? (Cariñosa.) Pues no hablemos más del viaje. ¿No quieres que vaya?

AND. Yo no tengo voluntad: te la regalé con mi corazón el día de nuestra boda.

MARÍA ¡Qué galante! Nada, me quedo.

AND. Y yo te pagaré mimándote, rodeándote de cuidados, viviendo para complacerte... Le temo á la soledad—y siempre estoy solo cuando no estás junto á mí,—porque me entristece. Parezco un viejo árbol, desolado por la huída del pájaro que lo alegraba con sus trinos.

MARÍA ¡Anda! Te vuelves poeta...

AND. ¡Si te quiero!... (Triste.) ¡Lástima que haya empezado á poetizar cuando los años apolillan mi cuerpo. Te conocí muy tarde.

MARÍA Eres joven. ¿Que son de plata tus cabellos? Déjalo. ¡Más lindos, tonto!

AND. ¡Ah! Muy bonitos... Consuelos de la fuerza arrogante y segura de sí misma á la debilidad quejumbrosa. Si pudiera, como los personajes de los cuentos fantásticos, llamar al diablo, y ofrecerle, á cambio de juventud y belleza, el alma, creo que me condenaba.

MARÍA ¡Ay, ay, no ofendas á Dios, hereje!... ¡Decir eso, cuando tu vejez robustísima para nada te estorba!

AND. Me estorba para ser feliz. Mi espíritu, lleno de energía, de entusiasmos juveniles, se empeña en olvidar que está encerrado en una añeja armazón, y quiere hacer locuras. No sabes el trabajo que me cuesta someterle.

MARÍA Déjale libre.

AND. No.

MARÍA ¿Por qué?

AND. Porque me haría ejecutar tales simplezas, que el mundo entero se reiría de mí. (Pausa.) Una de sus jugarretas consiste en turbarme el cerebro de tal modo, que siento deseos inmensos de decirte todas las sublimes tonterías que se murmuran al oído los enamorados de veinte años.

MARÍA Pues dímelas...

AND. Sé contenerme. De una boca arrugada sólo deben salir frías palabras de cariño tranquilo. Las amorosas, llenas de fuego, son buenas para los labios rojos...

MARÍA No soy de tu opinión.

AND. Sí, lo eres, María. (Pausa.) Me invade una ola de sinceridad. Vas á conocer un aspecto mío que ni sospechabas. Quiero que te rías, descubriendo el rinconcito de mi cerebro que guarda las ideas locas, los sueños rosados; rincón misterioso, lleno de exageraciones románticas, en el que me refugio para gozar la vida deliciosa del ensueño.

MARÍA (Con malicia.) ¡Ah! También soñador.

AND. Soy muy loco... más loco que nadie, y con demencia incurable, porque ha despertado mi imaginación cuando la materia no puede servirla de instrumento. La primera, vuela por los espacios ideales; la segunda, busca el descanso en el seno de la tierra... (Transición.) Pero dejémonos de jeremiadas y volvamos á mis sueños. (Después de una pausa. Habla trabajosamente.) Verás... Tengo veinticinco años y soy hermoso como Apolo... (Observando á María.) ¿Qué?

MARIA Nada; adelante, adelante... Eres hermoso...

AND. Todas las mujeres se enamoran de mí... y todos los hombres me temen y respetan... Mi talento... (Como vacilando.) Mi talento es grandísimo .. (Burlándose.) Sí, mucho.

MARÍA Sigue...

AND. Y me nombran general, y libro á mi patria destrozando ejércitos... humillando á los más bizarros caudillos... ¿No te ríes?

MARÍA ¿Por qué?

AND. Ya reirás... Prosigo. Otras veces mi novela varía: soy el derrotado... Coraceros enormes, galopando en feroces caballos, me persiguen agitando sus corvos sables... Escapo... Llego herido... moribundo. Tú me cuidas; ahuyentas á la muerte oprimiendo mi frente contra tu linda garganta en un abrazo interminable... (Avergonzado.) ¡Oh, qué ridiculez, Dios mío! Debo de parecerte muy...

MARÍA (Conmovida.) Bueno, muy bueno...

AND. Es que te quiero tanto, que aún me parecen mezquinas mis hazañas imaginarias como ofrenda de amor. Yo haría más si pudiera ganarte; pero eso es imposible... ¡Soy viejo! La realidad, María, es muy triste para mí... y necesito embellecerla, necesito soñar para no morirme.

MARÍA No digas eso. ¡Te quiero! ¿Cómo demostrarte?...

AND. Sí te creo...

MARÍA ¡Ah, qué idea!... Sí, decididamente... Nos vamos.

AND. ¿Dónde?... ¿Qué?

MARÍA A Villazúl... los dos... solitos...

AND. (Contentísimo.) ¿Quieres?... ¿Quieres?

MARÍA Que Luis y papá se queden aquí. Nosotros... (Entra don Ramón por el foro.)

AND. (Abrazándola.) María... María...

ESCENA IV

MARÍA, DON ANDRÉS, LUIS y DON RAMÓN

RAM. (Cómicamente.) ¡Andrés!... ¡Andrés!

MARÍA (¡Dios mío!... Me conmovió su bondad.)

AND. (Abrazándole.) Ramoncillo, eres un sabio.

RAM. ¡Canástoles, que pegajositos nos pone la felicidad! (Entra Luis por la izquierda.) Nos hace hasta perder la memoria... y charlamos tan tranquilos, como si nadie hubiese en casa.

AND. Ea, no riñas. (A Luis.) Qué, chiquillo, ¿te aburre la fiesta? (A don Ramón.) Voy á bailar con la muchacha más linda que encuentre.

RAM. ¡A verlo! Si bailas, bailo.

AND. ¡Ca! ¡Viejarranco! (Salen disputando alegremente por el foro.)

ESCENA V

MARÍA y LUIS

MARÍA ¿Me acompañas al salón?

LUIS (Secamente.) No.

MARÍA (Sorprendida.) ¿Qué tienes?

LUIS ¿Te importa? (Pausa.) Vete con tu Andrés..

MARÍA ¡Si no he podido remediarlo! .. Has escuchado. ¿verdad?

LUIS Y he visto... ¡y he tenido que contenerme para no haceros trizas! (María llora.) ¡Lágrimas! (Irónico.) Te hago muy desgraciada... Soy un salvaje... ¡Reñir porque amas á tu marido!... ¡Qué brutalidad!

MARÍA Pero ¿quieres que le odie?

LUIS ¡Sí! ¿Te extraña? Quiero que le odies... quiero que aborrezcas á todos los hombres... quiero que tu amor ¡entero! sea para mí. No llores.

MARÍA ¡Qué vida!

LUIS La mía es muy dichosa...

MARÍA Tú tienes la culpa.

LUIS No, yo no tengo la culpa de quererte; yo quisiera olvidarte... y apagar estos celos horribles... porque trastornan mi cabeza y me hacen malo; ¡tan malo, que saltaría los ojos que te miran, y destrozaría las bocas que te hablan, y rompería, á puñaladas, los corazones que te quieren!... Padezco más que tú, inocente.

MARÍA (Angustiada.) Y ya le he prometido que iremos á Villazúl... Me conmovió su nobleza, su confianza.. ¡Es tan bueno!

LUIS ¿Y ha tenido ocasión de ser malo? En su camino jamás ha encontrado el menor obstáculo: quiso dinero y lo ganó facilmente; deseó mujer y la tuvo. ¡Y terminaron sus aspiraciones! (Pausa.) Los dichosos no caen,

no pecan... porque nada desean. Si yo me hubiera casado contigo sería un santo; no me he casado y soy un mal hombre.

MARÍA ¿Qué disculpa, que pretexto imaginar para deshacer el viaje?

LUIS Hacer otro. .

MARÍA ¡Luis!

LUIS (Con pasión.) Vente... vámonos... Iremos á otra tierra, lejos de aquí... Seremos locamente felices. .

MARÍA No. Yo no podría vivir tranquila; vería constantemente á mi marido, como le veo ahora, en mis pesadillas de criminal, y el terror y los remordimientos me aniquilarían (Pausa.) No quisiera dormir. Cuando dormimos, queda la conciencia despierta, y su vigilia, poblada de fantasmas, llena de siniestros avisos, es nuestro castigo. No quisiera dormir. (Pausa.) ¡Qué noches! (Con miedo.) Se me aparece frenético de ira, con ojos de fuego, con voz de trueno, espantoso y me exige que le devuelva su honra, la paz de su corazón, el cariño que le juré ante Dios.. Estoy amarrada á Andrés para siempre. Nos une firmemente una bendición y la respetaré.

LUIS Si fuera así, si respetáramos lo que debemos respetar, la fuga sería infame; pero como hemos caido, es hasta noble. Por seguir pareciendo buenos á tu marido, no vamos á serlo. ¡Arrostremos, sin miedo, las consecuencias de nuestra falta! ¿Te preocupa la opinion de la sociedad? ¡Despréciala!... ¡Búrlate de su virtud aparente, de palabras! Valdremos más que ahora. Las almas nobles sabrán disculparnos y compadecernos. Nuestros enemigos serán esos que viven en la deshonra tranquilamente, satisfechos con cubrir las apariencias, engordando como los hongos en el estercolero.

MARÍA Calla... déjame.

LUIS Anda... Díme que sí... compadécete de mis sufrimientos... No puedo más.. ¡voy á hundirme! Esta noche no he matado á ese hombre por... no sé por qué.

MARÍA ¡Luis! ¿Te has vuelto loco?

LUIS ¡No me resigno á partir tu cariño con nadie! Eres mía y sabré... (Entra doña Carmen por el foro y al verla calla Luis.)

MARÍA (Fingiendo indiferencia.) Pues sí: está muy guapa.

ESCENA VI

MARÍA, DOÑA CARMEN y LUIS

CAR. ¿No sabes? ¡Verás que rato vamos á pasar! Verá usted, Luis.

MARÍA ¿Qué sucede?

CAR. ¡Tiene Julio unas ocurrencias! Figúrate que está pidiéndole á Jacinto que le *saque* unos versos á tu marido.

LUIS Muy bien pensado.

MARÍA ¡A él no le cuesta trabajo!...

CAR. Verdad, hija. Eso sí: mi Orofiel tiene una inspiración *bárbara*. ¡Ah! Ya se me olvidaba... ¡qué memoria la mía!... El pianista le busca á usted hace media hora, Luis.

LUIS Se aburrirá el pobre. Voy á verle... (Sale por el foro.)

CAR. Andrés va á ponerse malo de alegría... Nunca le he visto como hoy.

MARÍA Disfruta mucho recibiendo á sus amigos. (Entran por el foro Orofiel, sugeto por Emilia y Clarita, don Ramón y Julio.)

ESCENA VII

MARÍA, EMILIA, CLARITA, DOÑA CARMEN, DON RAMÓN, OROFIEL y JULIO. Cuando se indique, un CRIADO

EMIL. (A Orofiel.) No hay escapatoria.

CLAR. ¡Intente usted escaparse!

CAR. (Riendo.) No le suelten ustedes, que se va el muy tuno.

JULIO (Tragicamente.) ¡Los versos ó la vida!

MARÍA Pero en seguidita, señor poeta.

OROF. ¿Usted también? (Sentándose al «bureau,» obligado por Emilia y Clarita.) Me rindo, me rindo... No soy ningún *López* de Vega; pero...

JULIO ¡Al trabajo!

OROF. ¿Haré espinelas, sonetos, redondillas ó quintillas juguetonas?

CLAR. De todo.

OROF. ¡Oh!

EMIL. Lo más bonito.

RAM. Lo más facil.

MARÍA Lo que usted quiera.

OROF. ¿Quintillas?.. Sí, me decido. Ahora no me interrumpan ustedes.

JULIO Dejémosle con las musas. (Siéntanse todos junto á la chimenea. Orofiel medita unos momentos y después escribe.)

CAR. (En voz baja y señalando á su marido.) Ya se fué del mundo. No he visto hombre como mi Jacinto: ¡en poniéndose á inventar!... No crean ustedes, algunas veces me asusta... Para escribir los dramas, usa una escribanía que tiene dos espejos y no cesa de mirarse en ellos haciendo mohínes.

JULIO ¿Y eso?...

CAR. Me ha confesado que todos los autores dramáticos siguen el mismo procedimiento, porque así parece que se estudian muy rebién los personajes.

RAM. (Estupefacto.) ¿Haciendo morisquetas? (Entra por el foro un Criado, con dos jarrones.)

CAR. ¡Cabalito!

JULIO ¡Cuando él lo afirma!...

CRIADO (A María.) Señora, acaban de traer...

EMIL. ¡Qué jarrones tan lindos!

CLAR. ¡Preciosos!

MARÍA (Al criado.) Póngalos usted ahí. (Una mesa que habrá en el foro, frente al «bureau.»)

RAM. ¿Quién los envía? (Coge un sobre que habrá en uno de los jarrones; saca de él una tarjeta y la lee.) Es un regalo de los corcheros.

MARÍA (Al Criado.) Llame usted al señor.

JULIO No... Se me ocurre.. (Al Criado.) No diga usted nada. (Sale el Criado por el foro.) Los versos de Orofiel se guardan con la tarjeta de los obreros... ¿Qué tal?

RAM. Bonita sorpresa para Andrés.

CLAR. ¡Ay, sí!

CAR. (A María.) Y tu marido recibirá dos obsequios á la vez.

OROF. (Dando un puñetazo.) ¡Leon! (Emilia, María, Clarita y doña Carmen gritan asustadas.) ¡Ya caiste, maldito!

JUL. ¿Dónde?

OROF. En mi postrera quintilla... Los consonantes son... diabólicos, ¡esa es la palabra! Si no tuviéramos voluntad y cabeza... esta gran cabeza masculina hecha *ad hoc*... ¿eh?

CAR. ¿Acabaste ya? (Todos rodean á Orofiel.)

OROF. ¿Afán?... ¡Pan!... ¿Aflicción?.. ¡Ramón y león! Perfectamente. (Leyendo.)

«Y el obrero con afán,
en tan hórrida aflicción,
pasa de Andrés á Ramón
pidiendo, pidiendo pan,
con rugido de león.»

Pero chito, Jacinto.

RAM. Muy bien, señor... Perfectísimamente.

MARÍA Hermosísimos versos.

EMIL. Pero no nos deje á media miel, don Jacinto; siga usted.

CLAR. Sí, que á mí me gustan mucho esas aflicciones de los obreros. ¡Pobrecitos!

CAR. (Reventando de satisfacción.) Sigue, hombre.

OROF. No sonsacarme, sirenas. Hasta que don Andrés no conozca las quintillas, nadie las saboreará.

RAM. Vengan. (Mete la cuartilla en el sobre y lo deja donde estaba.)

OROF. Pero...

CLAR. Es una sorpresa que le preparamos á don Andrés.

EMIL. Un alegrón.

OROF. No me opongo. Pues señor, estoy tan *alborotado*, como don Quijote cuando hizo su primera salida He versificado con una facilidad.. con una... ¡qué sé yo! *Esplendentemente*, ¡esa es la palabra! (Entra Luis por el foro.)

ESCENA VIII

MARIA, EMILIA, CLARITA, DOÑA CARMEN, LUIS, DON RAMÓN, OROFIEL y JULIO

LUIS — Al salón los que desen oir á Suárez.

MARÍA — Vamos.

CAR. — (A Orofiel.) Dame el brazo. No quiero separarme de mi poeta. (Suben la escena.)

JUL. — (Señalando á doña Carmen y Orofiel.) ¡Alegoría del amor conyugal! (A Luis.) ¿No se te hace la boca agua, archimemo?

CLAR. — ¡Qué guasoncito se ha vuelto don Julín! (Tocan dentro un piano.)

EMIL. — Empieza.

RAM. — Estará el pobre chico emocionadillo.

LUIS — Es la primera vez que toca en un salón... (Hacen mutis por el foro. Los caballeros dan el brazo á las señoras. La última parte de la escena debe ser dicha á tiempo de salir.)

ESCENA IX

El teatro queda solo; sigue oyéndose el piano. Entra EMILIA por la izquierda, se sienta al «bureau» y escribe rápidamente. Guarda la cuartilla de Orofiel, mete en el sobre de los obreros la que ella ha escrito, y sale rápidamente por donde entró. A poco termina el pianista, suenan aplausos y entran don Andrés y don Ramon por el foro

ESCENA X

DON ANDRÉS y DON RAMÓN

RAM. — Piénsalo, Andrés.

AND. — Pensado está; déjate de objeciones, que son inútiles. Me gusta dejarme llevar por el primer impulso... Nada: dehesas, fábricas, almacenes, todo se lo dejo á Luis. He sospe-

chado de él, y en conciencia le debo una reparación.

RAM. Romanticismo manido.

AND. Mejor. Siento la necesidad de hacer algo bueno, algo hermoso, en pago de los chaparrones de dicha que llueven sobre mí... La tierra es deliciosa, hermano; los hombres, buenísimos; la vida, una fiesta donde todos debemos reir. Es preciso ser un loco ó un imbécil para estar descontento de ella..

RAM. Pues tú hace poco..

AND. Sí, era un idiota, un maniático... Pero he recobrado la razón, mirándome en los claros ojos de mi María... ¡Si la hubieras escuchado! Me quiere; la he visto conmovida, anhelante, enamorada.. Señor, ¿qué ha hecho este feísimo mortal para merecer tantos beneficios? ¿Qué he hecho yo, Ramoncillo? ¡Explícamelo, dime algo, criatura!

RAM. Pareces un niño.

AND. Porque nunca he disfrutado más. Quisiera tener talento, mucho talento, para pintarte las mil sensaciones que he experimentado oyéndola. Sentía frío y calor al mismo tiempo; lágrimas me nublaban los ojos; risas jugaban en mis labios; ardía mi cerebro...

RAM. La felicidad, Andrés.

AND. Sí, la alegría, que cantaba en mi pecho su loco poema. (Orofiel y Julio entran por el foro.)

ESCENA XI

MARÍA, EMILIA, CLARITA, DOÑA CARMEN, DON ANDRÉS, LUIS, DON RAMÓN, OROFIEL y JULIO

OROF. (A Julio.) El *allegro* ha sido brillantísimo, ¿eh?... Valiente, brioso... (Entran por el foro María, Emilia, Clarita, doña Carmen y Luis.) Es un gran artista; llegará á la meta, á la... cúspide, ¡esa es la palabra! ¿No opinan ustedes como yo?

RAM. Por completo.

JUL. En todo, ilustre vate.

MARIA (A don Andrés.) Pero, ¿no has visto? (Señalando hacia los jarrones.)

AND. ¡Hola! ¿Otro regalo?

CLAR. Mire usted cómo le quieren.

CAR. (Dando el sobre á don Andrés.) Tome usted... ¡y no abrace muy fuerte á mi Jacinto!

AND. (Riendo.) No hay cuidado. Veamos, veamos.

OROF. Lea usted. (A doña Carmen.) (¡Ahora verás qué efecto!)

AND. (Dejando la tarjeta sobre el velador.) De mis obreros. ¡Ya extrañaba que me hubiesen olvidado! (Cogiendo la cuartilla de Emilia.) ¿Y esto? ¿Sorpresita tenemos? (Empieza á leer.)

OROF. Alto, alto, que nos enteremos.

AND. (Termina de leer. Con horrible angustia.) (¡No... no es posible!)

LUIS (Riendo.) Pero, ¿es un secreto?

AND. ¡Esto... esto no es cierto!

OROF. ¡Oh! Ciertísimo; palabra de caballero.

AND. ¡Qué!... (Desplomándose en un sofá.) ¡Ay, Dios mío... Dios mío! (Todos le rodean menos doña Carmen y Orofiel, que deben estar á la izquierda, en primer término.)

RAM. }
MARÍA } ¡Andrés!

CLAR. ¡Ay, Señor!

OROF. (A doña Carmen.) ¡Era mucha poesía! Le anonadé... ¡esa es la palabra!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración que en los anteriores

ESCENA PRIMERA

MARÍA, CLARITA, LUIS y JULIO. Al final el CRIADO

JULIO (A María.) Tranquilícese usted; me atrevo á asegurarla que vendrá hoy mismo.

MARÍA He dado orden de que le hagan pasar en cuanto llegue; pero temo que no venga... Estará indignado; debió de sufrir terriblemente ..

LUIS El caso no fué muy agradable. Cuando don Andrés se arrojó sobre él, creí que el desventurado coplero se moría de susto en mis brazos. Estaba verde, tembloroso, casi llorando...

CLAR. ¡Infeliz don Jacinto!

MARÍA Doña Carmen se puso enferma.

JULIO Fui con ellos hasta su casa. (Riendo.) No quiero reirme y cuando recuerdo .. Decía cosas graciosísimas el bueno de Orofiel: «¡Dios mío, gracias; he sabido contenerme!» fué repitiendo durante todo el camino. Y al despedirnos, empleó una serie de luminosísimos razonamientos para demostrarme que con sólo mover la rodilla podía haber derribado á don Andrés.

LUIS Hay que tenerle lástima.

CRIADO (Desde la puerta del foro.) Don Jacinto Orofiel.

(Se retira el Criado y entra Orofiel.)

ESCENA II

MARÍA, CLARITA, LUIS, OROFIEL y JULIO

MARÍA ¡Querido Orofiel! (Dándole la mano.) ¿No nos guarda usted rencor? Gracias, gracias...

OROF. (Majestuoso.) Cumplo con un deber elementalísimo; no merezco... A los pies de usted, Clarita. (Saluda á Luis y Julio.)

MARÍA Le agradeceré mientras viva esta visita... Y doña Carmen, ¿no viene?

OROF. No: se ha quedado algo indispuesta. Es muy sensible, y la situación... *luctuosa* ¡esa es la palabra!... en que me vió anoche la afectó demasiado

CLAR. Es natural .. Y usted, don Jacinto, ¿está bien?

OROF. ¡Digo! Soy fuerte como una encina, hercúleo, ciclópeo...

MARÍA Me avergüenzo... Usted sabrá disculparle... Andrés no estaba en su juicio...

OROF. No hablemos de... ¿Qué culpa tiene el desdichado?

JULIO ¿No han llamado ustedes al médico?

LUIS Sería inútil. Don Andrés se niega á recibirle.

MARÍA Estoy muerta de miedo. No quiero pensar en que su ataque se reproduzca.

CLAR. Sean ustedes prudentes.

OROF. Sí; que nada hay más temible que un loco. No digo que un hombre diestro no pueda domeñarle... Yo le manejaría como á un chiquillo. Un simple movimiento de rodilla .. ¡y al suelo! Pero las señoras pudieran correr peligro.

LUIS Tal vez. Anoche, cuando se marcharon los invitados, María, mi tío y yo, intentamos, por todos los medios, tranquilizarle. Escuchó, cabizbajo, nuestros ruegos, nuestras palabras cariñosas...

MARÍA Y, levantándose de pronto, huyó á su des-

pacho y allí ha estado solo hasta que consiguió entrar mi padre hace una hora.

JULIO ¡Caso más extraordinario! ¿Habrá sufrido pérdidas de consideración?

OROF. ¿Algún disgusto?

MARÍA Que yo sepa...

JULIO ¡Y leyó los versos de Orofiel!

OROF. ¡Mis quintillas, pletóricas de elogios! Le llamaba salvador del obrero, padre del proletario, providencia del pobre. No creo que semejantes piropos puedan haber sido... Por más que el entusiasmo también... ¿eh?... también hace sus jugarretas.

MARÍA No, Andrés no puede estar... sería espantoso. ¡No quiero creerlo! Esto le pasará.

CLAR. Resignación, María. (Entra don Ramón por la derecha.)

ESCENA III

MARÍA, CLARITA, LUIS, DON RAMÓN, OROFIEL y JULIO

MARÍA (Con ansiedad.) Padre, ¿cómo le has encontrado? (Se levantan todos y rodean a don Ramón.)

LUIS ¿Mejora?

RAM. (Displicente.) Va recobrando la tranquilidad. (Afectuoso.) Don Jacinto, celebro verle por esta casa. (A Clarita y Julio.) Bien venidos.

JULIO (Estrechándole la mano.) ¿No teme usted que recaiga?

RAM. Creo que la gente ha cometido una ligereza calificando de locura un ataque al cerebro, originado por la excitación de una noche de fiesta. La aglomeración de personas, el ruido de las conversaciones, el calor, la música, turbaron su cabeza...

OROF. *Reasumiendo*: el mal puede no ser irremediable. Respiremos. Yo sospeché que tendríamos que deplorar un fin... *hecatómbico*, ¡esa es la palabra!

RAM. (Tristemente.) Todavía.. ¡quién sabe!

MARÍA ¡No digas eso, padre! (Todos los personajes, de pie en el centro de la escena.)

ESCENA IV

MARÍA, CLARITA, DON ANDRÉS, LUIS, DON RAMÓN, OROFIEL y JULIO. Don Andrés entra por la derecha. Viste el mismo traje del acto segundo. El frac y la camisa arrugados. Está pálido; tiene el cabello revuelto; anda penosamente; parece más viejo. Clarita, al verle, no puede ocultar un movimiento de terror.—Todos le contemplan en silencio. Avanza hacia Orofiel, tendiéndole la mano, y éste retrocede instintivamente, mirando con angustia á don Ramón y Julio

AND. (A Orofiel.) No tema usted: soy un hombre inofensivo.

OROF. No... si... ¡Temer!... ¡Nunca!

AND. (Abrazándole.) ¿Me perdona usted?

OROF. ¡Bah! ¿De qué voy á perdonarle, cristiano? ¿De una broma? (Se coloca lejos de don Andrés; siéntase este junto á la chimenea, y se cubre el rostro con las manos.)

CLAR. (¡Vámonos, Julio!)

MARÍA (Á don Andrés, golpeándole cariñosamente en el hombro.) ¿Qué tal ese valor?

AND. (Después de mirarla fijamente.) Bien. (Pausa.)

MARÍA (Con pena.) Pero, ¿qué tienes, Andrés?

AND. ¿Yo? ¡Nada!

RAM. (Separando á María.) (¡Déjale! ¿No ves que le molesta hablar?) (Á don Andrés.) Una copa de vino con bizcochos te sentaría admirablemente. (Toca un timbre.)

AND. (Indiferente.) Bueno.

RAM. (Al Criado, que entra por el foro.) Jerez y bizcochos. (Sale el Criado.)

CLAR. (¡Vámonos, Julio, hijo!)

JULIO (Espera, tonta.)

OROF. (Á Clarita y Julio.) (¡De remate!)

RAM. (Al Criado, que sirve á don Andrés el vino y los bizcochos en una mesita.) Hoy no se abren las oficinas. Advértelo.

LUIS (Al Criado.) Digan ustedes á los que vengan á buscarnos que no estamos en casa. (Á don Andrés.) ¿Le parece á usted bien?

AND. ¡Psech! (Se retira el Criado. Don Andrés prueba el

vino y arroja contra el suelo la copa, haciendo un gesto de asco.) ¡Acibar!... ¡veneno!

OROF. (Á Clarita y Julio.) (Barrunto algo... *heliogabálico*... ¡esa es la palabra! Lo prudente sería...)

CLAR. (Marcharnos corriendo. (Á Julio.) Anda, posma, muévete. ¿No oyes á don Jacinto?... ¡Un pretexto cualquiera y á la calle!)

JULIO (Sí, estorbamos.) Se va la mañana, y aún tenemos que visitar á doña Carmen.

OROF. Yo también me retiro.

CLAR. Señor don Andrés, hasta otro rato.

AND. Adiós, Clarita. (Dando la mano á Julio.) Adiós, muchacho.

OROF. (Á don Andrés.) ¡Qué diantres, ánimo! Lo que yo digo: no hay más que tener fortaleza, vigor, firme... *espiritualidad*... ¡esa es...!

AND. ¡La palabra! Sí.. sí... Mis recuerdos á doña Carmen.

RAM. Acompañaremos á ustedes. (Salen por el foro Clarita, Luis, don Ramón, Orofiel y Julio.)

ESCENA V

MARÍA y DON ANDRÉS

AND. (Escupiendo un trozo de bizcocho.) ¡Es mi boca que amargaría la miel (Ambos callan algunos momentos. María le acaricia una mano á don Andrés, que parece distraído,)

MARÍA (Con dulzura.) Andrés... (Este la mira amorosamente de pronto, como si recordase alguna cosa desagradable, la rechaza, se levanta y comienza á pasear meditabundo.) Andrés... ¿No quieres oírme? (Pausa.) Pero, ¿qué te he hecho? (Deteniéndole.) ¿Estás enfadado conmigo?

AND. (Con aspereza.) ¿Por qué? ¿Me has ofendido, acaso? ¿Te atreverías á ofenderme? ¡Déjame!

MARIA No; quiero que me hables... Dime...

AND. ¿Qué te mueve a inquirir con tales ansias?...

MARIA Cariño...

AND. (Irónico.) ¡Cariño!... (Agresivo.) ¡Curiosidad insana de hembra mimada! Di eso, y no mentirás. Pues no hablo... ¿lo oyes?... ¡No hablo!

MARIA (Asustada.) ¡Andrés!

AND. Aquí (El pecho.) y aquí (La cabeza.) se pelea fieramente, con saña inaudita.. Los hombres somos muy estúpidos... (Riendo con sarcasmo.) ¡Perfectamente idiotas!

MARIA ¡Por la Virgen, Andrés, tranquilízate!

AND. ¡Ah, sí! Serenidad... Te asusto. Oprime el miedo tu corazoncito... ¿no es cierto? (Con exaltación. ¡Dómale, como yo domo al mío! Debemos estrujar el corazón, hacer de él una máquina que sólo sirva para regular el movimiento de la sangre... ¡Ese es el único modo de evitar que cometa infamias, ó de librarnos de padecer si las comete!

MARIA (Con espanto.) Sí .. sí... ¡Cálmate!... Es preciso... ¡no te enfades!... es preciso que te vea el padre de Clarita El, que es un médico excelente, sabrá remediar tu...

AND. (Sereno.) Pronuncia la palabra... ¿Qué te detiene? Mi locura. (Pausa.) ¡Loco! (Exaltándose gradualmente.) ¡Loco!... ¡Fallo inapelable! Todos lo dicen... todos lo creen... (Pausa.) Yo, no... ¡yo no lo creo! ¡Y voy á demostrarle á esa manada de necios que se engaña! (Apretándola un brazo.) ¿Sabes de qué manera?

MARIA (Casi llorando.) Me lastimas.

AND. ¡Pues sufre! No ha de ser el dolor para mí solo. ¡Igualdad, haya igualdad entre nosotros, aunque no sea más que en eso! (Cambia de tono, viendo llorar á María.) Perdona... Soy lo que la gente dice: un pobre insensato.

MARIA ¡Oh, calla!

AND. No, si no me importa .. El mundo se compone de maniáticos: estoy bien acompañado. Manía de riquezas... manía de gloria... manía de amores... alguna nos posee.

MARIA No te exaltes... No pienses en eso.

AND. Es igual. El pensamiento es un tenacísimo burlón .. Mientras salen de nuestra boca las palabras, tan claras que parecen retratarle, sigue él su rumbo, sin distraerse; camina... llevando el peso enorme de la idea que le martiriza. (Pausa.) ¿De qué hablábamos? Yo tenía que decirte... ¡Ah, sí! Era del mobilia-

rio: hay que tirarlo y comprar otro. Es viejo, feo...

MARÍA Pues te gustaba mucho...

AND. Ya no... He cambiado. Estos muebles me fastidian... Recuerdan, y recordar es el martirio de los martirios. (Llorando convulsivamente.) ¡Recordar es no vivir!

MARÍA (Abrazándole conmovida.) Andrés.. ¡qué pena verte así y no poder...!

AND. (Empujándola brutalmente.) ¡María!... ¡Te atreves!..

MARÍA ¿Qué?...

AND. ¡Criatura perversa! (Reponiéndose, como asustado de sí mismo.) Vete.. Debo de estar loco. Me invaden deseos inmensos de herir... Furor homicida hace temblar mis manos... ¡Es que, á veces, matar es una necesidad que se impone con violencia espantosa!

MARÍA (Fingiendo valor, pero con voz temblona.) ¿Matarme?

AND. ¡Oh, jamás! Mis nervios me hacen decir disparates... No me hagas caso. Cierto que en algunos momentos es imposible contenerse; pero esos momentos no se repiten; no, no se repiten.

MARÍA Lo de anoche no me asusta, porque no creo en tu locura.

AND. ¿Cómo?...

MARÍA Tengo la seguridad de que en algo te habría ofendido Orofiel.

AND. (Fieramente.) ¡Necia seguridad! No me había ofendido; cometí un atropello, una salvajada... Y no me arrepiento: á palos deben morir, tanto los que hacen versos como los que los piensan. El que tiene dentro la poesía, esa diosa de la patraña, es un imbécil. Amemos la realidad, la hermosa realidad, que ni dora el plomo ni perfuma las llagas hediondas. Tú no me entiendes; eres, como todas...

MARÍA ¿Qué soy? ¿No me quieres ya?

AND. Aparta; basta de ridiculeces.. Mira, no te quiero: he amado un ideal, y ese ideal no

encarna en ti. He estado engañándome á mí mismo, adorando una sombra, una ficción de mi cerebro... ¡No, no te quiero! (Golpeándose el pecho.) ¿Verdad que no la quieres? (Pausa.) ¡Si la mitad de nuestras afecciones son falsas!... Por egoismo, porque hacen agradable la existencia, inventamos el amor, la amistad, esforzándonos en que el engaño dure mucho... ¡Majaderos! . (Pausa.) Desde que entramos en la adolescencia, todos los hombres somos esclavos de un ídolo sin rostro, fabricado por la fantasía, bello, como la esperanza; bueno, como la virtud; imposible, como la felicidad. No puede tener existencia real, y le damos una apariencia de vida, vistiéndole con la carne de la mujer que más nos excita... Y somos felices... Nuestra compañera es un dechado de perfecciones. ¿Falta? ¿Comete maldades? ¡Nos resistimos á creerlas, para no derrocar al ídolo!... Hasta que desaparece la ceguera; y entonces... ¡entonces la fantasía recoge al hijo que engendró, viéndole manchado; la mujer ideal tira la forma conque la disfrazamos y vuelve á su sitio, al pensamiento; y la mujer real, vista como es, se convierte en una extraña!

MARIA ¿Soy yo una extraña para ti?

AND. (Después de una pausa.) Hablo... por hablar, por oirme. . Otra manía, la del discurso... ¡Siento una pesadez!... Necesito aire...

MARIA ¿Quieres que bajemos al jardín?

AND. Buena idea. Respirar á mis anchas me aliviará. (Sube la escena.)

MARÍA Vamos.

AND. (Con acritud.) ¡No!... ¡No! (Afectuoso,) Dispensa... Te he mareado ya bastante... Déjame ir solo. (Sale por el foro.)

ESCENA VI

MARIA y LUIS

MARIA ¿Qué pasa en su alma? Parece que sospecha... ¡que ha visto! Pero, no; es imposible... El miedo y los remordimientos me trastornan. (Entra Luis por el foro.)

LUIS (Con agitación.) María... María...

MARIA (Con terror.) ¿Qué tienes? ¡Qué!...

LUIS Estamos perdidos.. Acabo de hablar con Emilia... ¡Ha escrito á Andrés!... Anoche... sustituyó los versos...

MARÍA ¡Ay, Luis, Luis!

LUIS Ayer nos espió tu marido... Sabe que le hemos deshonrado... Su locura es sed de venganza... Vente... Huir es el único recurso que nos queda.

MARÍA ¡Estoy resuelta á permanecer aquí!

LUIS Pero ¡fíjate en que te va á matar, María de mi alma! ¡Te entregas!

MARÍA Me entrego; lo he jurado. ¡Si por tal razón te correspondí! Sabía que mi marido era pundonoroso, colérico, capaz de matarme si olvidaba mis deberes... ¡Y falté, fuí tuya, por eso: porque tu cariño podía costarme la vida, y el peligro de perderla disminuía la infamia del engaño! Entiéndelo: jugué la vida, prometiéndome á mí misma entregarla, si la suerte me era adversa. He perdido... y pago: es de él, de Andrés; ¡que venga á tomarla!

LUIS ¡Ni á un cabello ha de tocarte! ¿No huyes? (Dirigiéndose á la ventana.) ¡Yo te salvaré!

MARÍA ¡Qué intentas!

LUIS ¡Lucha, lucha franca! (Abriendo la ventana.) ¡Andrés!

MARÍA ¡Calla!

LUIS Déjame, déjame destruir al que me ha obligado á engañar; al que me ha hecho dudar de todo... ¡hasta de tí misma!

MARÍA ¡Silencio!... Viene alguien... (Espantada.) ¡Serán ellos!... ¡Es Andrés!

LUIS ¿Habrá oído? (Corriendo hacia el foro.) ¡Por fin!

MARÍA ¡Quieto!... ¡Me arrojo al jardín, si das un paso!... ¡A tu habitación!

LUIS No te abandono.

MARÍA (Haciendo ademán de arrojarse por la ventana.) ¡A tu habitación!

LUIS (Intimidado.) Obedezco... Obedezco... (Sale Luis por la derecha. María cruza rápidamente la escena y hace mutis por la izquierda. Don Andrés y don Ramón, entran por el foro.)

ESCENA VII

DON ANDRÉS y DON RAMÓN

RAM. Insisto, é insistiré hasta que te convenza.

AND. No me convencerás... (Pausa.—Siéntanse junto al velador.) Crees en la certeza de nuestra desgracia...

RAM. ¡Ya está dicho! Pues no, señor, no creo. (Pausa.) ¡Si no debo creér! (Llorando.) Tú deshonrado por María y Luis... ¡por mis hijos!

AND. ¡Entereza! En estas situaciones se prueba el temple de las almas. No es cristiano desesperarse.

RAM. Me abruma este conflicto.. Te quiero tanto como á ellos... Desearía que resolvieras algo beneficioso para todos... ¡Y no hay solución! (Pausa.) ¿Qué piensas hacer? ¡Háblame claramente!

AND. He meditado mucho, mucho... Cuando me separaron ustedes de Orofiel...

RAM. Te encerraste en tu despacho... no quisiste verme, mal hermano.

AND. ¡Qué golpe, qué martillazo en las sienes!.. Al convencerme de lo fundado de mis sospechas, se revolvieron todos los malos instintos que hay en mi naturaleza, ahogando á los buenos; y con súbita recrudecencia de mis antiguos hábitos de luchador grosero, que gana el pan á hachazos y castiga las ofensas macerando carnes, sentí la necesidad de triturarlos, hendiendo sus cráneos,

deshaciendo sus pechos, á patadas, á puñetazos, como un salvaje... Nubes sangrientas invadían mi cerebro, atormentado por el batallar de mil ideas confusas; y me empujaban, con saña horrible, á la matanza, el amor propio herido, el cariño despreciado, el antiguo candor de niño, convertido en desconfianza fiera por aquel brusco despertar á la verdad... ¡Una verdad tan amarga, tan desesperante!. . Me puse frente al espejo y no me conocí. Aquel Andrés cruel, trágico, que dormía dentro del Andrés bonachón, parecióme nuevo... Miraba el escritorio, y también me parecían nuevos los muebles, nuevas las paredes, desconocido todo... (Con angustia.) Era que se derrumbaban en mi alma todas las falsas ilusiones de la existencia pasada... (Llorando.) toda la dicha que edifiqué sobre un error.

RAM. Llora... Las lágrimas contenidas envenenan... Llora.

AND. (Reponiéndose.) Me arrojé contra las paredes, rugiendo como un loco; destrocé, febrilmente, sillas, estantes, libros... Hasta que llegó el cansancio, el agotamiento... Nuestra máquina es tan imperfecta, que ni á la extremada alegría, ni al dolor supremo puede resistir... Tendido en un sillón, estuve horas... siglos, como muerto, sin pensar, en quietud idiota, con el cerebro vacío y el corazón indiferente... La tregua duró poco.

RAM. ¡Pobre hermano!

AND. Empezó á circular á oleadas mi sangre; un perverso rayo de inteligencia iluminó mi cabeza; sentí una punzada, un mordisco en el corazón... y nuevamente fuí esclavo del dolor. Revolqué por el suelo mi cólera diabólica, y aporreando con gigantescos esfuerzos las losas de mármol, pude cansar la bestia dañina é inutilizarla. Y llegó otra vez el agotamiento; y otra vez me mordió el dolor; pero ya sin violencia El cerebro funcionaba con regularidad, después de aquel naufragio de mentiras risueñas y reflexioné... Re-

corrí, uno por uno, todos los vericuetos de mi conciencia, y adquirí un convencimiento tan absoluto, tan firme, Ramón, que me serené como por ensalmo. . ¿Sabes cuál es?... ¿Sospechas?

RAM. No se me ocurre...

AND. Torpe... ¡El de que hay dos criminales que merecen la horca, el tormento!...

RAM. (Con espanto.) ¡Andrés!

AND. Y no son ellos... ¡Los niños no son culpables!

RAM. (Sorprendido.) Entonces...

AND. Somos nosotros: ¡tú ignorante, que me la diste; yo, imbécil, que la tomé! (Pausa.) Hemos pretendido violar las leyes de la Naturaleza; hemos creído posible que nazca el amor entre una vida que empieza y otra que se acaba... ¡Tontería, estupidez indisculpable! (Pausa.) Luego, para completar la tontería, me traigo á Luis... y se ven juntos, luchando á todas horas con la tentación... Y no sospecho. Lo que es cariño de amantes, lo creo cariño fraternal. Se esquivan, se huyen, y los empujo, preparo mi deshonra, riñéndoles porque no se quieren, porque se tratan con despego... ¿Qué habían de hacer! ¡Abandonarse! (Pausa.) Un día que el sol de primavera fué más ardiente... y más joven la tierra... y más frescas las flores, pudo decidir... ¡Decidió, seguramente, la caída! Fatalidad de la que no son responsables.

RAM. (Con alegría.) ¿Perdonas?... ¿Perdonas?

AND. No, imposible: me falta... valor; me falta bondad... No perdono. (Pausa.) ¿Mato?

RAM. (Levantándose de un salto.) ¡A mí antes!

AND. (Tranquilo.) ¿Mato? Sería el más lógico complemento de la hazaña primera. Mi casamiento, Ramón, fué una lindísima atrocidad... Al entrar en la vejez, me caso con María, que entraba en la juventud... ¡Qué pobre hombre he sido siempre! (Pausa.) Pasa el tiempo: la niña se hace mujer, el amor la asedia; se rinde al gran tirano... ¡y la degüella el Otelo sesentón! (Irónico.) Delicioso final:

la ceniza apagando el fuego; la vejez impotente destruyendo á la juventud fecunda... ¡No, no los mato! ¡Que vivan!

RAM. Pues sí no perdonas ni matas... ¿qué?

AND. No sé... Mi vida es para ellos un obstáculo y un peligro, porque me expongo á matarlos en un momento de furor... Era mi existencia el cariño de María; lo he perdido y estoy muerto, moralmente. Y dime con entera franqueza. ¿No sería horriblemente sarcástico que un cadáver cercenara dos juveniles cabezas ansiosas de vivir?...

RAM. ¡Pero si aún no estoy convencido de la traición de mis hijos! ¿Quién nos la ha revelado? Nadie: un papel sin firma, que no merece más que desprecio... ¿Dónde está el anónimo?

AND. ¡El anónimo! ¡Si él supiera!

RAM. Quiero examinar la letra... Sospecho desde anoche...

AND. (Fingiendo alegría.) ¡Será posible!...

RAM. Animo, hermano... Emilia ama á Luis... es vengativa... rencorosa...

AND. Sí... sí...

RAM. Puede haber intentado...

AND. Sí...

RAM. El anónimo.

AND. Está en la mesa del despacho.

RAM. La llave... (Se la entrega don Andrés.)

AND. ¡Ay, Ramón, qué divino rayo de esperanza! (Abrazándole.)

RAM. Vuelvo volando. (Sale por la derecha.)

AND. (Con amargura.) ¡Esperanza! ¡Pobre Ramón! Acabemos.... Ellos no sospecharán que su falta me mata .. Lo mismo que anoche, sin razón alguna, quise estrangular á un hombre, hoy, sin ningún motivo, puedo saltarme los sesos. (Se acerca al bureau.) Solución única... (Dudando.) Evita el sufrimiento... (Con resolución.) ¡Anda, cobarde!... ¡Anda! ¡A no vegetar, recordando lo pasado!... (Saca un revólver de uno de los cajoncillos del bureau.) ¡Descansa, loco! ¡Descansa! (Dispara y cae muerto. Al oir la detonación, don Ramón y María entran por la derecha y Luis por la izquierda.)

ESCENA VIII

MARÍA, LUIS y DON RAMÓN

MARÍA ¡Andrés!

RAM. ¡Hermano mío!

MARÍA ¡Muerto!

LUIS (Sollozando.) ¡Por nosotros, por nosotros, miserables, que le hemos vendido!...

MARÍA ¡Muerto, sin hablar, llevándose en el pecho su dolor, ocultando su secreto, para que nada nos separase!... ¡Vete! Murió nuestra esperanza... Ya veremos siempre entre los dos, como obstáculo infranqueable, su cuerpo ensangrentado! (Luis se retira hacia el foro; María y don Ramón, abrazados al cadáver, lloran.)

FIN DEL DRAMA